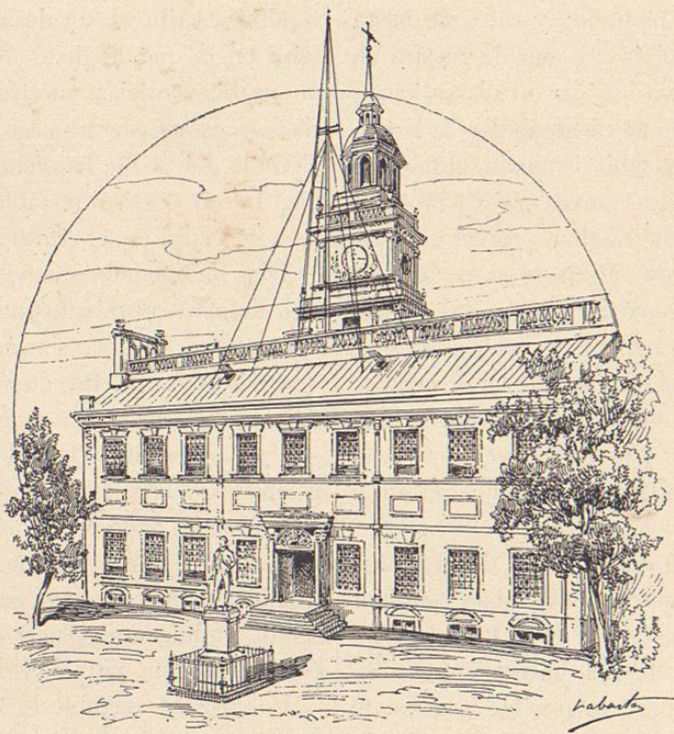


siempre apasionado por las manifestaciones de su gloria y de su popularidad, no supo sustraerse á lo que entendía «que no era más que humo.» Por esto le decía á su amigo el médico Fronchin, que más que de sus amigos necesitaba del «médico de los locos.»

El día 30 de Marzo, el día mismo en que Gaultier escribió la carta que hemos citado á Voltaire, éste asistía á su apoteosis en el teatro de la Comedia. Tres días después, esto es, el 2 de Abril, Voltaire se hacía recibir francmasón.



Casa de Filadelfia donde se reunió el primer Congreso



## CAPITULO III

### LA MASONERÍA

¿Qué parte tomó la masonería en la caída del antiguo régimen.—Pyat, Martín, Michelet.—Orígenes de la masonería en Francia.—Persecuciones que tuvo que sufrir.—Actitud de los jesuitas.—Bula del papa Clemente XII.—El duque de Antín, gran maestro.—Sucédele el duque de Chartres.—Efectos y consecuencia de su nombramiento.—La masonería de adopción.—Logias de señoras.—Iniciación de Voltaire: 2 de Abril de 1779.—Enfermedad y muerte de Voltaire.—Funerales masónicos.—Persecución del clero.—Cómo fué enterrado Voltaire.—Actitud de Federico el Grande de Prusia.—Escribe el elogio de Voltaire.—La Harpe.—La Academia francesa.—Enfermedad y muerte de J. J. Rousseau.—Persecución de masones en España.—Tournon.—Persecución de Olavide.—La Inquisición.

**D**OS eminentes historiadores de Francia y de la historia de nuestro siglo y un famoso revolucionario, han procurado señalar de la manera que les era posible la acción de la masonería durante el siglo XVIII. Felix Pyat, dice de ella, que fué la «Iglesia de la revolución,» Martín que fué «su laboratorio,» Luis Blanch «que importa introducir al lector en la mina que minaba entonces todos los tronos y todos los altares, que importa conocer á otros revolucionarios mucho más profundos y mucho más activos que los enciclopedistas.» Penetremos, pues, en esta mina y veamos de qué clase de combustibles estaba cargada.

Era la masonería en Francia obra del siglo XVIII, aún cuando historiadores de la orden aseguran que se introdujo á últimos del siglo XVII. Lo seguro, lo positivo es, que la masonería principió por los puertos del litoral de la Mancha, señalando así su procedencia, ganando muy lentamente el interior. Además, se sabe que fueron ingleses los fundadores de las primeras logias de Francia, y la logia de

París que recibió á Voltaire en el primer cuarto del siglo XVIII fué fundada por lord Denvent, sir Maskeleyne y de Heguerthy, teniendo sus reuniones en casa de un compatriota suyo, que tenía una taberna en la calle de las Boucheries, en el barrio de Saint-Germain. Todo esto prueba que la masonería no se introdujo en Francia por efecto de la propaganda de la orden, cuyo centro directivo estaba en Inglaterra, sino que los ingleses la llevaron por todas partes para su propia protección y gobierno. Luégo estas logias se abrieron á los nacionales, acabando por tomar carta de naturaleza. En efecto, la logia de París hasta 1738 tuvo carácter extranjero, pero á partir de esta fecha se nacionalizó y el duque de Antín reemplazó al último venerable inglés á lord de Harnonester.

La masonería francesa al extenderse y antes de su organización formal, hubo de pasar por un período análogo al de la masonería española en nuestros días, por haber dado grandes facilidades para la constitución de centros masónicos ó logias.



Así se señalaron desde luégo abusos reprobables, habiéndose llegado hasta el extremo de hacerse públicos, y un opúsculo de la época intitulado *La Francmasonería*, nos ha legado noticias preciosas al fin de nuestra disertación sobre la acción de la masonería en la caída del antiguo régimen. Escandalizábase en él el autor por el poco cuidado que se ponía en la elección de las personas, y esto indica que ya la masonería no era una mera reunión de personas ilustradas, deseosas de dar expansión á sus sentimientos, ni de procurarse entre sí una protección tanto más necesaria, cuanto que la libertad de un ciudadano, cualesquiera que fuera su clase y posición social, estaba á merced, sin distinción de sexos ni de estados, de una *lettre de cachet*. Quejase luégo el autor de dicho opúsculo, de la falta de instrucción masónica de sus hermanos y á este propósito dice: «El número de venerables no está en proporción con el número de masones. Tal venerable, cuenta con 500 y más masones en su logia. ¿Cómo les será posible reunirlos todos á la vez? Es necesario que las nueve decimas partes esperen que les llegue el turno, lo cual no puede ocurrir sino una vez por semestre.» Aquí vemos por un lado el gran desarrollo alcanzado por la masonería á mediados del siglo, pues, logias de 500 y más masones no son posibles sino en América, en donde la masonería hace vida pública, y la necesidad de reunirse por secciones, indica que la masonería era vigilada y perseguida, y el cuidado que ponían sus venerables en no ser sorprendidos. Existía, pues, ya, á contar desde mediados de siglo, una gran fuerza masónica en Francia y en particular en París, y esta fuerza, en virtud tan sólo del principio fundamental de la masonería, del principio de fraternidad, era antipática y enemiga del antiguo régimen; por esto, porque se faltaba al principio de fraternidad, poniendo los fondos de la asociación en «manos pródigas y poco fieles,» exclama el autor: «De aquí, ¡qué de profusiones! ¡qué de depreciaciones! ¡qué de masones abandonados á su indigencia por falta de fondos con que socorrerlos!»

Prueba, además, la publicación de este opúsculo, que la masonería gozaba ya á mediados de siglo de una cierta tolerancia, pero esta no la había alcanzado sino á costa de la persecución y del combate. Tenía París en 1736 cuatro logias, según el célebre astrónomo Lalande hizo público en sus *Memorias*, y estas cuatro logias se organizaron ya, formando un cuerpo, un oriente, como se dice en lenguaje masónico, bajo la presidencia del embajador de Inglaterra, el dicho lord Harnonester, que como hemos

dicho cedió después su puesto, en 24 de Junio de 1738, al duque de Antin. Contra esta unión, lanzó Luís XVI en 1737 su edicto declarando la masonería ilegal y sujeta á responsabilidad, y más de una logia tuvo que cerrar sus talleres—sesiones,—no sin que alguna fuera sorprendida por la autoridad que retrocedía espantada, cada vez que se apoderaba del registro de los nombres de los afiliados, pues, figuraban en ellos los nombres de las personas más ilustradas y respetadas en todos los ordenes del trabajo humano. Así, la autoridad civil creyó conveniente aflojar su actitud. Después de todo, ¿de qué se acusaba á la masonería? ¿De ser la enemiga de la religión? Aún así y todo, un rey cristianísimo como Luís XV no tenía porque tomar su defensa, cuanto tanto daño sabía que le hacía con su conducta. Pero como además, la masonería hacía saber que no era cierto que atentase contra la religión una asociación que se pone bajo el amparo de Dios, que abre y cierra sus trabajos en nombre de Dios, y que lo primero que pide á todo recipiario es «qué es lo que debe el hombre á Dios,» sino que en todo caso lo que atacaba era la clerecía representada por tanto cardenal y obispo de corte que escandalizaban, con razón, á las almas piadosas, el poder civil no se creía con fuerzas para perseguir á una sociedad como la religiosa que amenaza con su corrupción disolver el orden social.

La guerra que el clero hacía á la masonería por aquel entonces, era mucho más tenaz que la de hoy día, y en el ardor de la lucha se cometieron imprudencias que se pagaron más tarde. Véase lo que sucedió en 1741 en el colegio de PP. Jesuitas de Caen. Después de haber hecho representar por sus alumnos en el teatro de su colegio el 29 de Enero, una de las mejores tragedias de Crebillon, «pusieron en escena un pasillo cómico, cuyo fondo era el ceremonial que se observa en la recepción de un masón. La piécita comenzaba por una lección que daba un maestro de baile á un elegante de la época; llegaban después un burgo maestro holandés con su hija, que entraban ejecutando un paso burlesco é iban á sentarse al fondo de la escena. Inmediatamente aparecía un español seguido de un criado, y hacia al maestro de baile y á su discípulo que ambos eran iniciados, signos masónicos, en los que ellos les correspondían. Estos tres personajes se echaban después los unos en brazos de los otros y se daban el beso fraternal en la forma acostumbrada. Aquel espectáculo excitaba la curiosidad del holandés que, abandonando el sitio en que se hallaba, se acercaba para observar los gestos que se

hacían los hermanos; éstos, tomándolo por uno de los suyos, le hacían los signos de la misma manera, los cuales repetía él de una manera grotesca y dando á entender que no entendía ni una palabra de aquéllos; proponíale inmediatamente hacerse iniciar y él aceptaba con entusiasmo. El español mandaba á su criado que preparara todo lo necesario para la recepción, y el holandés, hacía retirar á su hija que iba á colocarse en una ventana para ver desde allí todo lo que iba á suceder. La iniciación en la parodia aquella, se llevaba á cabo exactamente lo mismo que tenía lugar en los templos masónicos, sin quitar ni poner nada, sino haciendo una exacta y verídica copia, añadiéndole sólo algunas posturas y figuras grotescas, con objeto de excitar la hilaridad de cuantos lo presenciaban. Al terminar, el holandés hacía entrar nuevamente á su hija que con gran extrañeza de todos, entraba repitiendo punto por punto lo que acaba de ver; los hermanos manifestaban todos el más profundo disgusto al ver que una mujer se había apoderado de sus secretos; pero después de haber deliberado largamente, tomaban filosóficamente su partido para asegurarse el secreto puesto en tan frágiles manos; el español solicitaba en matrimonio á la joven holandesa; el burgo maestro otorgaba su consentimiento, y ambos desposados, bailaban un paso cómico en el que mezclaban los signos que se emplean en la masonería.»

Si en vez de un holandés se hubiese tratado de un portugués, se hubiera podido decir, que los jesuitas habían tenido una vista profética de lo que les iba á suceder, pues, un francés Choiseul, un español Aranda y un portugués Pombal, decidieron al papa Clemente XIV á publicar su bula de 21 de Julio de 1773, que declaraba extinguida y suprimida la Compañía de Jesús. La Compañía vive hoy á expensas de la misma tolerancia que quería negar en tiempos de Luís XV á la masonería, que tiene hoy más títulos á la vida legal que no los sucesores de los jesuitas de Caen del año 1741.

Pero no todo se reducía á las inocentes burlas del seminario de Caen. Los jesuitas antes de entregarse á la parodia habían ensayado el anatema. Clemente XII, en 28 de Abril de 1738, lanzó contra la masonería la primera constitución apostólica «por ser contraria á la religión y peligrosa para la seguridad del Estado,» prohibiendo y condenando las asociaciones masónicas y por consiguiente prohibiendo á todos y á cada uno de los fieles de la cristiandad, formar parte de ella, «bajo pena de excomunión... de la cual nadie podría ser revelado ni

recibir la gracia de la absolución, ni aún en caso de muerte, sino por nos ó por el Papa que ocupe entonces la silla de Roma.» «Queremos aún y ordenamos, que los obispos, los demás preladados de la Iglesia y todos los pastores encargados de guardar las almas, lo mismo que los inquisidores instituidos para combatir la infección de la herejía, hagan uso de sus poderes y persigan los contraventores de cualquier clase, estado, posición y categoría, como culpables de herejía, que les impongan el castigo que merezcan y pongan freno á sus empresas, para lo cual, les acordamos todos los poderes necesarios para obrar contra estos contraventores, aplicándoles las penas á las cuales se hayan hecho acreedores y si necesario fuese, reclamar para llegar á ellos el concurso de la autoridad civil.»

Sin reparó alguno, pues, el Papa lanzaba sobre los masones, por ejemplo los españoles, la pesada mano del Santo Oficio, que al caer sobre un amigo de los masones y de los filósofos, había de abrir nueva grieta al vetusto edificio del antiguo régimen. Se invocaba la fuerza cuando la masonería sólo oponía ideas á ideas, aspiraciones á aspiraciones, organización y disciplina á organización y disciplina. Esta imprudente invocación produjo los más funestos resultados, pero no deben echarse sobre los hombros de los masones, sino de sus enemigos, quienes si se hicieron daño al esgrimir una arma de dos filos suya fué la culpa.

Continuó, sin embargo, la masonería francesa su marcha sin hacer caso de los anatemas y excomuniones de los Papas, y al fallecer en 9 de Diciembre de 1743 el duque de Antin, diez y seis logias concurren ya ahora á la elección del Gran maestro, cuya elección recayó en el duque Luís de Borbón, conde de Clermont, 11 de Diciembre de 1743, y como un nombramiento de esta importancia no podía pasar desapercibido al Borbón de la masonería, opuso el Borbón del jesuitismo nuevos edictos, 5 de Junio de 1744, extremando de acuerdo con la bula del Papa; la persecución se hizo sentir y á ella contestó otro príncipe, el de Conti, ingresando ostensiblemente en el orden.

Beneficiosa era la entrada de tan grandes personajes para la seguridad de los afiliados, pero era de temer que el día que la corte se indispusiera con ellos, ó que alguna corriente menos aristocrática se introdujera en el seno de la orden, dada la marcha de los tiempos nada imposible, se suscitaran ruidosos conflictos y tremendas cuestiones. Una perturbación de esta clase, pero de orden interior, dió motivo para que nuevamente Luís XV cargase so-